

kālā

Carlos García Velasco

Una onda, perturbaciones de los campos eléctrico y magnético que se propagan en el espacio, viajando a través del vacío, desde la superficie del Sol, tardando algo más de ocho minutos en alcanzar la Tierra.

Es entonces cuando la cosa se pone interesante, pues la luz entra en contacto con un medio. Con la atmósfera, el aire, las nubes, las hojas de los árboles, la superficie de un estanque, el cristal de un escaparate o una lámina de vidrio. La luz interacciona con aquello que se encuentra a su paso: es reflejada, refractada, dispersada, difractada, absorbida, e incluso polarizada. Y es este proceso mediante el cual se convierte en testigo de lo que ha visto.

La luz sigue una danza, marcando unos ritmos en el tiempo y dibujando unas formas en el espacio, a la vez que se desplaza para, quizás, alcanzar el ojo de un observador curioso. En ese momento dicha danza, que contiene la información recogida por la luz, es transformada y enviada al cerebro en forma de impulsos eléctricos, donde finalmente se vuelve color.

Un mensajero que transporta imágenes.
Imágenes que construyen el mundo que percibimos.
Danza que se vuelve color.